

La hermosa ciudad, la hermosísima ciudad

Presentación del libro **Transitando. Ciudad, abandono y violencias**
14 de noviembre, 2018 / Escuela de Arquitectura UPR

Lillian Ramos Collado, PhD
Escuela de Arquitectura UPR

“A city loses its soul when its continuity is broken.”
—Sharon Zukin, *The Death and Life of Authentic Urban Spaces*

Recuerdo haber leído, en 1975, un hermoso librillo de Julio Cortázar titulado *Historias de cronopios y de famas*. Las famas son criaturas austeras, crueles, que se sienten como dueñas del mundo y de las cosas, mientras los cronopios con seres pequeños, de pequeñas costumbres y pequeñas ambiciones que, con frecuencia, hacen el papel del tonto. Me interesó uno de los textos, titulado “Viajes”, donde el autor no explica cómo viajan los cronopios:

“Cuando los cronopios van de viaje, encuentran los hoteles llenos, los trenes ya se han marchado, llueve a gritos y los taxis no quieren llevarlos o les cobran precios altísimos. Los cronopios no se desaniman porque creen firmemente que estas cosas les ocurren a todos, y a la hora de dormir dicen unos a otros: “La ciudad, la hermosísima ciudad”. Y sueñan toda la noche que en la ciudad hay grandes fiestas y que ellos están invitados. Al otro día se levantan contentísimos, y así es como viajan los cronopios.”

Rara vez he leído un texto tan leve y a la vez tan cruel para describir una ciudad, pocas veces he visto con mayor claridad lo que es la lucha de clases en la ciudad, cómo las víctimas de esta guerra política rara vez son conscientes del constante atropello que los pobres, aquí presentados como los ingenuos cronopios, pueden ser parte de la ciudad, cada uno un “disfrutante” más, alguien que con razón y verdad puede decir “La ciudad, la hermosísima ciudad”. La ironía de Cortázar es cruda, si bien, azucarada, y es cruel al representar la mezquindad innata de la ciudad, pues la ciudad rara vez es para todos.

Lo cierto es que, una vez hojeados muchos libros sobre la ciudad es difícil dar con un significado claro de lo que la ciudad es. La proliferación de nombres compuestos, como ciudad-jardín, ciudad-dormitorio, ciudad-industrial, ciudad-almacén, impiden que regresemos a esa

que los cronopios llaman “hermosísima”. La experiencia de leer a los historiadores y a los pensadores críticos de la ciudad, —y pienso en gente como Jane Jacobs, Henri Lefebvre, Saskia Sassen, Leon Krier y Spiro Kostof, para nombrar varios que no se parecen entre sí— nos deja perplejos precisamente por la evasión de finalmente definir el término “ciudad”. Si hay que ir para atrás hasta la definición de Mumford, podemos decir que, hoy, no tenemos una definición clara del término “ciudad”. A lo más, se nos habla sobre lo que sucesivamente han sido, desde Jericó para acá, las ciudades, pasando por la antigüedad clásica y la invención del *castrum* romano —que, baideuei, es el modelo de planta urbana de todos los pueblos en Puerto Rico—, la edad media y sus ciadelas, el renacimiento/barroco y la busca de la “ciudad ideal”, la ambición insistente del urbanismo dieciochesco visionario en su ortogonalidad, los ensanches del siglo XIX copiados eventualmente por las ciudades en los Estados Unidos —y pienso en Nueva York, y en la debacle urbana de fin del siglo pasado y los inicios de éste.

Si algo sabemos gracias a estudiosos como Mike Davis en su devastador libro de 2007 titulado *Planet of Slums*, es que lo que ha abonado a la definición del concepto ciudad es la conversión paulatina de la “ciudad” en un lugar de pobreza, arrabales, crimen y desconcierto, donde la vida humana peligra a cada momento. Hoy día, “ciudad” es el espejismo de un mito, es decir, un mito mítico, inmarcesible y, en todo caso, un campo de batalla donde los bienes se ven amenazados por lo males, y donde los males han destruido bienes mal repartidos, es decir, casi todos los bienes. En suma, parece que, desde siempre, la ciudad ha estado comprometida por su propia y paulatina destrucción, o su incapacidad para ser, en la vida real, una tecnología digna para promover algo que llamamos, entre comillas, una “buena vida”.

Sabemos, cuando repasamos las transformaciones de una ciudad tan híper-milenaria como Barcelona, que los más recientes cambios realizados en su planta urbana, red vial interna y espacios de vivienda tienen todo que ver con una invisibilizada separación entre ricos y pobres, entre razas y entre lenguajes. Lo mismo podemos decir sobre del *borough* de Manhattan: el costo de vida ha logrado lo que anticipó Davis al hablar de los arrabales: el que no puede pagar el costo de una vida urbana, queda fuera de la urbe. Lo mismo puede decirse sobre nuestra única ciudad, Santurce, asesinada a destiempo por la construcción de Plaza las Américas y las carreteras dealta velocidad que sólo nos encauzan hacia el magno centro

comercial. Nuestra natimurta ciudad santurcina —producto del desborde de los esclavos libertos hacia el barrio de Cangrejos avivados por la demolición de la Puerta de Tierra, y luego invadida por los nuevos ricos locales que se asfixiaban dentro de las lúgubres calles del San Juan colonial y huyeron hacia aires menos hediondos— poco a poco fue desterrando a la humanidad pobre hacia los bordes: la Laguna de Condado, el caño Martín Peña, el Fanguito, y hacia los barrios de obreros pobres como Trastalleres. Con la muerte de Santurce, perdimos nuestra oportunidad de ciudad.

No recuerdo que en el espléndido y diverso tomo titulado *Transitando. Ciudad, abandono y violencia* se hable de lo que una ciudad es. Más bien se da por sentado que lo sabemos, pero de un solo lado, como si nuestra ciudad fuese la que describe Sasqua Sassen en un breve ensayo genial sobre la ciudad y sus márgenes. Sassen ha pensado en un centro ruinoso de ciudad y comunidades privilegiadas en sus márgenes, y también ha explorado la centralidad de las élites globales y la creciente marginación, también global, de comunidades que están forzadas a abandonar la ciudad por el alza en las rentas. Dentro de la primera propuesta de ciudad que atribuimos a Sassen, lo que encontramos es lo que hoy han encontrado los 17 estudiosos que se han dado cita en el espacio creado por el Instituto de Investigación de Violencia y Complejidad para ponderar una ciudad que ciertamente tiene muchos males, y de cuyos bienes no se habla excepto prospectivamente, pues varios de los ensayos proponen alivio para algunos de los males urbanos. Lo que la *latter-day* Sassen llama “los márgenes” es, precisamente, el lugar a donde se han retirado los bienes y su dinero: los suburbios y, eventualmente, las urbanizaciones cerradas. Me parece que esa descripción de Sassen sigue siendo justa, o quizás es que Puerto Rico se ha quedado tan atrás en el desarrollo urbano que todavía un ensayo sobre nuestro fracaso urbano nos retrata: “A New Geography of Centers and Margins. Summary and Implications, the Locus of the Peripheral & contested Space” (Sasses: *Cities in a World Economy*: 2000).

La antología *Transitando* —compilada y editada por la socióloga Madeline Román, quien también coordina las labores del Instituto— enfoca el “abandono” y las “violencias” en el contexto de la ciudad. El ordenamiento de los ensayos es temáticamente riguroso y generoso, pues cada sección se dirige a un asunto crítico desde varios puntos de vista. Una prolífica

introducción nos ofrece un atisbo crítico de lo que cada uno de los 17 ensayos explora, lo cual nos ayuda, desde el pórtico, a tener una visión de conjunto del libro y, a la vez, comprender lo que cada uno de los ensayos aporta al todo. La primera sección, “El hábitat de la violencia”, incluye ensayos de Madeline Román, y Carmen Luisa González de carácter teórico acerca de los temas del tomo. Por un lado, Román trastrueca el sentido de hábitat cuando se examina desde la óptica de la clase social, la criminología auroral y cómo la ciudad se propone como un espacio que, según nos recuerda Michel de Certeau, provee para la posibilidad de incidir en él y ordenar y reordenar sus usos, y de qué forma esos usos, sus autores y detractores, abonan de diversa manera tanto a la violencia, como engendran tipos de violencia. El concepto *de vidas precarias*, —que funda Judith Butler en un libro homónimo que creo es, de hecho, su mejor escrito teórico sobre la violencia y que trata sobre los retos éticos y humanitarios que surgen del ataque contra las Torres Gemelas— viene a cuento en esta presentación pues, al igual que los prisioneros de guerra del medio oriente a quienes se les negó el proceso judicial durante las investigaciones sobre el ataque a las Torres están en situación tan adversa como aquellos ciudadanos puertorriqueños que se ven destruidos porque se le han diezmado sus modos de vida.

Por su parte, González examina el destino de los sobrevivientes en lo que ella llama “guerras posmilitares”. Al rastrear el fenómeno de poblaciones civiles que han sufrido por causa de la guerra desde principios del siglo XX, se impone catar cómo los civiles no solo han perdido vida y hacienda y calidad ambiental, sino que el entorno mismo de su cotidianidad más básica —alimento, agua, albergue, incluso memoria— ha sufrido deterioros de tal magnitud como para hablar también de la “precarización” de sus vidas. La autora también señala que el silencio que ha rodeado esas atrocidades contra la humanidad incluye, irónicamente, el hecho que la commoción misma de los ataques ha debilitado la capacidad de recordar, y cito: “La irracionalidad parece el estado anímico subjetivo que prevalece en las catástrofes.” El ensayo termina con una nota sobre cómo las nuevas tecnologías aumentan la vulnerabilidad de las comunidades civiles que siguen indefensas ante ataques inesperados y desproporcionadamente contundentes.

La segunda sección, titulada “Entre la propiedad y la desposesión”, ofrece una aportación de gran riqueza sobre nuestros suburbios y barrios. Dos autores examinan la idea de “la casa”, en especial la casa de urbanización, su disponibilidad al endeudamiento, y la idea misma de suburbio como trácto artificial que, a fin de cuentas, se opone casi absolutamente a la idea de ciudad. Importado de los Estados Unidos, el suburbio es una ficción destinada a empobrecer al comprador mediante un capitalismo de la deuda sobre objetos que van perdiendo irreversiblemente su valor. Sabemos, gracias a un ensayo reciente del querido colega Jorge Lizardi Pollock, que la prisa de “sembrar” casas en predios agrícolas a partir de la década de 1960 no sólo creó una crisis en la posibilidad de lograr nuestra independencia alimentaria, sino que, según yo he explorado en otro lugar, creó un desastre hidrológico en aquellas zonas suburbanizadas debido a irresponsables movimientos de tierra sin planificación pues muchos años después, luego del Huracán María, propiciaron el retorno natural de los cuerpos de agua a su cauce original, lo cual resultó en catastróficas inundaciones en urbanizaciones que, desde construidas, nunca se habían inundado. Por su parte, Carmen Pérez Herráns nos habla de una suburbanización depredadora que, luego del Huracán María, es aún más devastadora precisamente por las insensatas ubicaciones, por la destrucción de calles y casas, y por el desorden físico y social que el emplazamiento de estas urbanizaciones están teniendo. Las propias comunidades cerradas han sufrido sus cierres no sólo en la materialidad de sus propiedades, sino en la drástica caída de sus precios de reventa. Como bien afirma la autora, “El hábitat suburbano, que representó el alcance de las ilusiones de muchos, hoy se convierte en una paradoja”.

Félix A. López Román añade al asunto de los suburbios la dimensión simbólica de la urbanización, y cómo opera sobre la idea de “memoria”. Balcones, rejas, comedor —que pertenecen, digo yo, a la plantilla mínima de la casa primaria de Puerto Nuevo— plantan, dice el autor, “el tener” o el sentir que “algo me pertenece”, según lo expresan los sujetos que entrevistó para su ensayo. La idea de la deuda hipotecaria queda pospuesta, travestida, legitimada: “Si ser propietario está vinculado a la idea de responsabilidad o progreso, la deuda se convierte en un mecanismo para alcanzar la realización de un sujeto propietario.” El hecho de que la casa propia sea emblema de intimidad tiende a aislar a los sujetos y a impedir

contactos en el espacio público. Como consecuencia, la comunidad se fragmenta. Por su parte, Cotté Morales nos habla de “la violencia en el barrio”, y también nos ofrece una breve historia de nuestro arrabal y de nuestros caseríos. Se trata de espacios progresivamente cercados en la urbe y, según las investigaciones, espacios de alta violencia intracomunitaria. Las autoridades gubernamentales han elaborado una caracterización negativa de estos espacios abrumados por carencias complejas: hogares sin padre, escasez de empleo, baja educación, distorsión de la capacidad ciudadana, ante lo cual el autor se pregunta si la violencia en estos lugares es mayor que en el resto del país.

Mientras, Muñiz Varela explora el asunto del hábitat desde el concepto de *abandono de la vida*. Afirma que “las medidas neoliberales ya en marcha desde los ochentas, léase privatización, flexibilización, desreglamentación y recortes a la asistencia social se profundizan”, llevando a los sujetos al estado de precarización del que habla Butler y del concepto de “nuda vida” formulado por Giorgio Agamben. Me parece que Muñoz hace un aporte importante al proponer la idea de que existe una frontera entre San Juan y el resto de la isla que crea una sobrevaloración de la ciudad capital y una casi invisibilización del resto de los pueblos de nuestra isla. A la vez, este acordonamiento de San Juan da mayor visibilidad a los procesos de precariedad de la propia urbe capitalina. Bolsillos como el Caño muestran cuán lejos la capital está de los males a los que fueron postergados nuestros pueblos. En su examen de los planes de desarrollo de Puerto Rico el resultado es desolador, en tanto la pérdida de casas por ejecuciones de hipoteca, y los desastres en ayudas a familias y negocios son las fuentes de economía para los sectores que han dejado al garete el desarrollo de las comunidades. Nos dice la autora: “Tal parece que el fantasma que recorre el mundo en el siglo XXI es el de los endeudados, hipotecados y expropiados de sus casas y territorios, inmigrantes de todo tipo.”

La tercera parte del libro, “Imbricaciones entre la violencia objetiva y la violencia subjetiva”, elabora sobre las conexiones entre el narcotráfico y el capitalismo contemporáneo, los retos sociales que enfrenta Little Puerto Rico en la ciudad de Cleveland, Ohio; la situación de las mujeres que recurren al asesinato y por qué; el mundo de “los hombres que tienen sexo con otros hombres”; y el espectáculo de violencia que engendran la masculinidad y la feminidad. Sonia Serrano explora, de nuevo desde el concepto de vidas precarias, el narcotráfico y su

relación con la sujeción a la deuda, el abandono de la vida, y la claudicación del trabajo formal de cara al acceso de bienes de consumo que, por su naturaleza, opera en el paradigma de vida o muerte o lo que la autora describe como el “entrecrece de biopolítica y necropolítica” con un fuerte recurso a los códigos culturales de la masculinidad y la juventud. Nos dice: “Asistimos a un tiempo en que parecen estar aumentando los niveles de violencia y asesinatos, como lo manifiesta el cuerpo descuartizado de un joven de 22 años en Bayamón... El terreno fértil para el incremento de una mayor virulencia y la ampliación de las prácticas de muerte se encuentra a nuestros pies todos los días.”

Los retos de la segregación racial y clasista de “Little Puerto Rico” en Cleveland tienen su cruel laboratorio en un caso de secuestro permeado por los prejuicios de los sujetos involucrados, tanto víctimas como victimario. Según Marlene Duprey Colón, el caso viene tanto por la vida psíquica del perpetrador, como por la vulnerabilidad de las víctimas en términos económicos y sexuales, así como de cuestiones como la emigración y el rechazo de las comunidades no latinas por parte de los americanos blancos, y la violencia sistémica que se manifiesta como misoginia del autor de los hechos.

María Isabel Quiñones explora por qué las mujeres asesinan, y cómo los imaginarios culturales de lo femenino y lo masculino disponen de forma diversa en las respectivas penas. Se trata de existencias precarias dentro de lo que la autora llama “una industria de la desgracias” de cara al morbo de un público que desatiende “la responsabilidad y la agencia humana”. Se examinan los contextos carcelarios, las agencias de protección de menores y otras instancias, tanto de forma histórica como en su substancia penal y social, haciendo énfasis en cómo los medios encauzan opiniones que impiden comprender a cabalidad estos incidentes. Estamos ante crímenes casi imposibles de dirimir en una sociedad que opprime a las mujeres y crea un circo mediático en torno a acciones que resultan casi imposibles de comprender.

El ensayo de Alicia Flecha Cruz sobre el caso de El Ángel de los Solteros y los asesinatos de hombres homosexuales pormenoriza la distancia entre la urbe próspera y el barrio, y los casos descritos aquí versan específicamente sobre la violencia de clase y cómo se manifiestan oposiciones drásticas entre el barrio y el condominio, y el lujo y la pobreza. En lo que la autora describe como “pesadillas reales” se insinúa, en un contexto de clase, cómo una parece

explotar a la otra y cómo esa alegada explotación recibe como respuesta una venganza. La explotación económica de un menor por parte de quien puede pagar por favores sexuales parece crear un detente entre quien acepta la paga y el que está dispuesto a pagar por un servicio. La ambigüedad que crea la situación tiende a emborronar cómo la justicia atenderá el caso cuando se trata de crímenes mayores contrapuestos a crímenes menores en el contexto de la prostitución que suele culpar moralmente a la prostituta, aunque en la situación de la homosexualidad los valores adquieren otro giro en un contexto de prejuicios tanto contra la comunidad homosexual como contra la prostitución, si bien el Ángel de los Solteros ostentaba pertenecer a la comunidad gay. Como expresa la autora la cerrar su texto, este caso “expresa complejas vivencias de deseo, violencia, marginación, abandonos sociales y persecuciones experimentadas por estos hombres.

Elizabeth Crespo Kebler asedia los espectáculos de violencia que suscitan la masculinidad y la feminidad. Es importante que se hable de masculinidad y feminidad y no de hombres y mujeres, pues en abstracto, se proyectan como conductas separadas de los cuerpos, como espectáculos de exhibición. La alusión a la violencia de los circos romanos es esencial en este ensayo, pues no se trata de sexualidad, sino de actos de poder que oprimen cuerpos que se proponen como vacíos de vida y de voluntad, o que se consideran desprovistos de derecho sobre su persona. En ensayo explora el “acoso” por, y el reclamo de los hombres a someter a escrutinio a los que no consideran como iguales en la escala de poder y derecho al dominio. Importa que estas conductas se expresen como actos públicos: se trata de un dominio que, para poder establecerse, debe exhibirse. Estos episodios, según la autora, dependen de la creación de identidades y expresiones heteronormativas excluyentes que se imponen a la fuerza y que pasan con ficha a la hora de reclamos de las víctimas, los cuales, en general, no son atendidos por las instituciones.

La cuarta parte, “La vida psíquica de la ciudad”, inaugura con un ensayo alucinante sobre uno de los libros más conmovedores y sabios del siglo XX: *Le città invisibili*, de Italo Calvino, por Amaryllis Muñoz. Lo que busca la autora es indagar sobre “el carácter inconsciente e imaginario que inviste el significante “ciudad” en nuestro psiquismo y que, desde nuestro psiquismo, ésta es investida”. La ciudad es un escaparate de objetos, calles, edificios, ruinas:

son estos hitos de donde colgamos nuestra identidad y nuestras memorias y, en ese sentido, la ciudad nos conmina a un proceso de subjetivación que depende de cambios en nuestro proceso psíquico. La ciudad recibe, pues, diversidad de acercamientos y abandonos que van a relacionarse con nuestra vida familiar, nuestra idea de pasado, presente y futuro, y que constituye un lugar concreto para colocar nuestros afectos. Por ello, la ciudad puede traicionarnos, y de ahí sentiremos emanar su violencia.

En su ensayo comparativo sobre obras de Francisco Font Acevedo y Vanessa Vilches Norat, Maribel Ortiz enfoca tanto las tramas de estos narradores como en presencia como objeto de arte. La búsqueda de este ensayo se centra en la dupleta paradójica de “violencia de la representación/representación de la violencia” para hilar fino sobre cómo la literatura pormenoriza o trata de pormenorizar la experiencia de la ciudad.

Dolores Miranda aborda en su ensayo lo que ella llama “la violencia de la economía legal”. Infligir daño en el otro está aquí enmarcado en dos tipos de violencia, la violencia directa y la violencia estructural, lo que permite a la autora enumerar sus formas y acercamientos.

La última parte, “Habitar la ciudad”, contiene ensayos fascinantes por su carácter densamente cultural. En su texto sobre el muralismo y su influencia contra el crimen y la violencia, José Rodríguez Gómez pormenoriza, en su inicio, y desde el punto de vista de la epidemiología, los usos sociales del arte público caracterizado por el autor como expresión de libertad: en este caso, el mural urbano como exaltador del sensorio humano que puede resultar inhibidor en el caso de una urbe destartalada que no estimula a la contemplación, a la audición de la banda sonora de la ciudad, que deprime el olfato por cuestiones obvias de aseo de la urbe, que, desierta, no provoca el apetito y que rehúye del tacto., Si bien concuerdo en la estética muralista, debo contar una anécdota no tan chévere. Estando a medio día en la Calle Cerra con Alexis Busquet una semana antes de comenzar Santurce es Ley en 2013, ví cómo en el edificio de en frente una anciana abría una ventana en el piso 4 y le pidió al muralista que estaba echando pintura en aerosol sobre la pared exterior del apartamento de la señora, que por favor no le echara pintura a su almuerzo. Tanto el muralista como Alexis quedaron asombrados. Habían olvidado, por supuesto, que allí vive gente que preferiría poder almorzar sin gotas de pintura su comida. El mural urbano en Santurce imagina una ciudad abandonada,

edificios desérticos, poco tránsito vehicular, poquísimos transeúntes, y mi pregunta es, ¿cómo una ciudad que se ve acartonada como un escenario de Hollywood puede, en realidad, animar la cultura de un espacio sin habitantes? ¿Quiénes pintan y quiénes vienen a pasear para ver esos murales? ¿Son de Santurce, viven allí, almuerzan en un quinto o sexto piso rodeados por el olor de pintura? Me encantaría saber.

Tengo una reacción parecida ante el ensayo de Rafael Díaz sobre *Culture Jamming*, y es la pregunta sobre quiénes son los ciudadanos que se encargan de la intervención urbana. ¿Estamos en el Village en Nueva York donde la comunidad misma hace arte desde hace décadas, o estamos en barrios donde a veces la comunidad se siente forzada a aceptar arte que viene de otro lugar para que la comunidad lo disfrute a la cañona? La rehabilitación de espacios públicos debe ir de la mano con los vecindarios que rodean esos espacios. Son públicos para todos, pero sólo son vistos diariamente por los vecindarios donde la ciudad los ubica. Algo similar a esto ocurrió cuando se le encomendó al pluscuamfamoso arquitecto Renzo Piano el diseñar y construir el igualmente pluscuamfamoso Centre Georges Pompidou en un barrio de obreros en París. El escándalo que suscitó la evidente dislocación de propósito, de volumen y de estilo fue brutal, y apenas hace unos pocos años la comunidad circundante finalmente ha comenzado a hacer las paces con ese gigantesco y, para mí, hermoso, centro cultural. El arte comunitario debe ser de la comunidad donde se emplaza, no donde agentes externos estimen que pueden ser útiles o “dar consuelo cultural” a los que allí viven. Hay que respetar a las comunidades... y también al arte de las comunidades.

El tomo que presentamos hoy cierra con un ensayo de Karen Entrialgo sobre lo que ella llama “los espacios de la vida”. Su objeto: desarrollar los conceptos de espacio doméstico, que es posiblemente uno de los asuntos más edulcorados de nuestra cultura: cómo estar ahí y estar en el mundo. Pormenoriza los llamados pasatiempos y los encuentros improbables de un Heidegger y un André Breton en la ciudad, tan extraño el que nos recuerda el Conde de Lautreamont: el encuentro fortuito de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección. El vagabundeo urbano que tanto me recuerda el carácter aleatorio de los juegos surrealistas como el cadáver exquisito y la escritura automática, se vuelven modos de estar en la ciudad, en el lenguaje y en la vida, y la libertad que implica asumir espacios trastocados en

cuanto a lenguaje, recorrido de la mirada y el amalgamar unos espacios con otros. Inspirada en Sloterdijk, la autora recalca que “lo humano se produce a sí mismo tomando distancia del mundo natural”. Esta es, para mí, una afirmación de clausura: la ciudad, objeto alejado de la naturaleza, está ahíta de objetos alejados de la naturaleza. Un árbol sembrado en un parque ya no es un árbol, sino un ornamento urbano. Una casa no es una cueva, sino un espacio también construido y alejado de lo natural. La frase de Fausto seleccionó la autora como conclusión de su escrito de muchas maneras consolida las propuestas de los 16 ensayos anteriores: “Apenas en el universo, lo natural se sostiene; a lo artificial, el espacio cerrado le conviene.” Aunque abierta, la ciudad está cerrada con sus mores, sus límites, sus objetos, sus circuitos, sus tinglados y su gente.

Y digo yo: Sí. Habrá que reinventar la ciudad. La hermosísima ciudad.